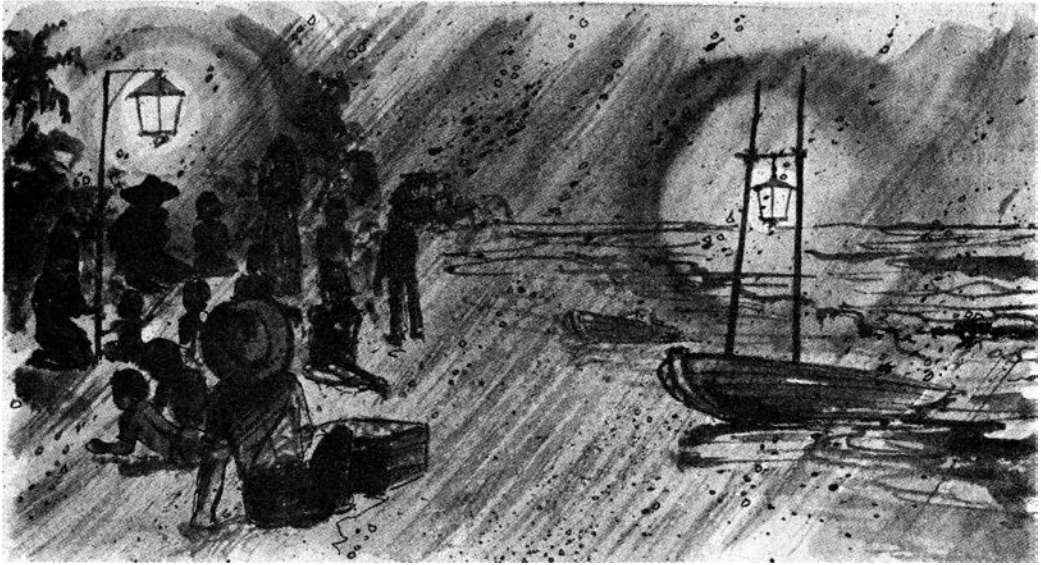


# HASTA VER LUZ O PERECER



El 20 de enero del año 1835 hizo explosión el volcán Cosigüina, que se encuentra en Nicaragua, justo a la entrada del Golfo de Fonseca.

Antes de la explosión el volcán tenía una altura cercana a los 2 mil metros, pero al disiparse la ceniza sólo le quedaban 859 metros. Se cuenta que el estruendo de la explosión se escuchó a mil 650 kilómetros a la redonda y que el mar ardía a 250 kilómetros de distancia debido a las lavas candentes que flotaban en sus aguas. La ceniza llegó a Honduras, El Salvador, México, Jamaica y Colombia. Durante semanas enteras la ceniza cayó incesantemente y por eso al año 1835 se le llamó “Año del Polvo” tanto en Nicaragua como en Honduras.

Existe un conmovedor relato de cómo vivió aquella tragedia un grupo de personas de la isla El Tigre, que está a unos 35 kilómetros del volcán y pertenece a Honduras. Lo escribió don Simón Rivas para informar a las autoridades de Tegucigalpa. De ese relato tomamos los párrafos que aquí copiamos:

“El día veinte de enero amaneció claro, el sol salió hermoso y refulgente. A las ocho de la mañana un retumbo llamó la atención de los habitantes de El Tigre. Habiendo salido a investigar, vimos con admiración que de la costa de Chinandega se eleva una nube enorme y hermosa que nos divierte y atemoriza. Aquella gran nube tenía su asiento en la falda del cerro Cosigüina. Su centro arrojaba muchas culebrinas de fuego que se elevaban hasta la nube. Se veía descender de la nube hacia las tierras, como un granizo muy grueso. La nube se elevó hasta tapar el sol, y comenzó a llovernos una piedrecilla del tamaño del cacao grueso.

A las nueve y media un retumbo extraordinario y un temblor muy fuerte, nos oscurecieron totalmente el horizonte. Enseguida comenzó un aguacero de arena gruesa lleno de truenos, como una furiosa tormenta del rigor del invierno. A las once nos oscureció de tal modo que una luz no se advertía a diez pasos. Siguió la tempestad de

arena, truenos y temblores hasta las tres de la mañana del día 21, pero a las tres de la tarde un temblor aún más fuerte agitó la isla y volvió a traer la lluvia de arena, la oscuridad y el desconsuelo. A las 2 de la mañana del día 23 se oyó un retumbo tan enorme que no hay con qué semejarlo, al que siguió un ruido muy grande, parecido a las avenidas de un gran río cuando surca entre los riscos y peñas. La oscuridad volvió a ser total. Todo en aquel momento conducía casi a la desesperación.

Desde el principio de la oscuridad los vecinos me habían suplicado que viajáramos a Nacaome o a La Unión. Se dispuso que un bongo grande llevara las mujeres y los niños, y que fuese convoyado por 7 u 8 canoas de pescadores, en donde irían los hombres, y que estos llevaran faroles y que fueran arrimados a la costa para avisar al bongo de los peligros y darle dirección. El viento y marea en contra y la extraña borrasca que por entonces descargó toda su furia, nos quitaban toda idea de salvación. Serían las cuatro de la tarde cuando una canoa de las que guiaban avisó que había hallado tierra. Pronto se oyó el ruido de las olas que se batían entre los peñascos. Después de muchas fatigas y sustos llegamos, se hizo encender luz y reconocer la tierra. Era una isla muy pequeña, situada a pocas cuadras de la isla El Tigre que le nombran las Preñadas y está al lado de la costa de Choluteca. Se dispuso mandar una sola canoa a la isla del Zacate para que allí hiciese una luminaria que nos sirviese de guía... pero habiéndose alejado como dos cuadras, gritaron que no veían la luz. Se les mandó volver, y dispusimos no hacer más tentativas, hasta ver luz o perecer. Como a las 12 de la noche, rendidos de hacer esfuerzos inútiles, y abrumados por la sed, y de sufrir tan copioso aguacero de tierra, nos recogimos todos en un corto espacio arenoso entre el agua y un cerrado piñal de la ribera. Allí permanecemos en el mayor abatimiento hasta las tres de la mañana del 24, en que se dejó ver la Luna, algunas estrellas y enseguida el Sol, aunque muy opaco."

Todas las personas que acompañaron a don Simón Rivas se salvaron. Don Simón regresó a la isla El Tigre y la encontró cubierta de una gruesa capa de ceniza, los animales muertos, los árboles sin ramas y las casas arruinadas.

**Hoy en día el Cosigülna está tranquilo. En el fondo del cráter hay una laguna que mide mil 500 metros de un lado al otro. Sus faldas están cubiertas de bosques poblados por muchos animales silvestres. Desde la cima se divisan las islas del Golfo de Fonseca, como flotando en un mar tranquilo.**

